

ESCENA VI

PABLO ASTIER, *solo*; luego MARÍA ANTONIA

PABLO (*á media voz*).

¿Qué iba á hacer? Confiar á... una cosa que no me atrevo á decirme á mí mismo... ¿Estoy durmiendo?... ¿Me vuelvo loco?... ¡Pablo Astier! ¡Pablo Astier!... (*Masticando las palabras.*) ¡Angustia!... ¡tormento!... ¡me atrae, y no me atrevo!... No me atreveré nunca...

MARÍA ANTONIA (*entrando por la izquierda, débil y desfallecida, hablando con dificultad*).

No, no se preocupen...; dejadme... esto no es nada...

(*Se deja caer en una silla baja junto á la mesa, aparentando no ver á Pablo.*)

PABLO (*aproximándose*).

¿Qué es eso?

MARÍA ANTONIA (*fingiendo sorpresa*).

¡Hola! ¡Estás tú aquí también!... ¡Vaya unos amos de casa!

PABLO ASTIER

¿Acaso hay necesidad de hacer los honores de la casa cuando se recibe á esa gente y cuando los sillones se pagan á dos luises?... ¿Estás mala?

MARÍA ANTONIA (*abanicándose*).

Poca cosa, un desvanecimiento... Esa lectura... la emoción de esas escenas crueles... ¡Es tan terrible la historia de ese crimen, el suplicio de esos dos jóvenes bandidos!... Abre la ventana, ¿quieres?...

PABLO (*dirigiéndose á la ventana de la derecha*).

¡Qué ideal..

(*Abre.*)

MARÍA ANTONIA

¡Qué consuelo! (*Abanicándose.*)

PABLO ASTIER

¡Lo de que vengan á leer en tu casa todos esos horrores!

MARÍA ANTONIA

¿Qué sabes tú? No los has leído (*sonriendo*), y veo que no los escuchas tan poco.

PABLO ASTIER

¡Gracias! No me gusta ese género de literatura para señoras... (*entre dientes*) una historia de asesinos.

MARÍA ANTONIA

Ya conocemos tus gustos literarios. Todos los hombres de acción son lo mismo... Prefieres á madama de Genlis: *Las veladas del castillo*, por ejemplo.

PABLO ASTIER

El libro de ese caballero es las veladas de presidio.

MARÍA ANTONIA

¡Qué difícil eres de contentar, hijo!... Haz el favor de llamar y que me traigan un vaso de agua... (*Pausa.*) ¿No vas?

PABLO (*inmóvil, como aterrado.*)

¿Decías?...

MARÍA ANTONIA

Un vaso de agua con hielo. Eso acabará de ponerme bien. Llama; ahí tienes el timbre.

PABLO ASTIER

No, iré yo...

(*Sale precipitadamente por la derecha.—Pausa.*)

MARÍA ANTONIA (*que se inclina para seguirlo con la vista por la puerta que está entreabierta*).

(*Aparte, con voz dolorosa*). ¡Oh! ¡La pobre madre de Caín!... (*Alto, sonriendo á Pablo, que vuelve con un vaso de agua en la mano*.) Me sirves tú mismo. ¡Qué amable! (*Señalando á la mesa*.) Pon eso ahí... Estás temblando, hijo mío... ¡Qué pálido te has puesto!... Tal vez el frío que entra por la ventana...

(*Se va á levantar*.)

PABLO ASTIER

No, gracias.

MARÍA ANTONIA (*sentada*).

¿De modo que no te interesa ese libro de Herscher? (*Aplausos á lo lejos*.) Pues tiene algunas páginas magníficas, como el capítulo de la tentación; el crimen apoderándose del hombre... Se comprende que debe de ser verdad. ¿No te parece? (*Coge el vaso. Pablo vuelve la cara*.)



F. Llorca

Edo. IV. Casero II. Escena VI.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARÍA ANTONIA (que se inclina para seguirlo con la vista por la puerta que está entreabierta).

(Aparte, con voz dolorosa.) ¡Oh! ¡La pobre madre de Caín!... (Alto, sonriendo á Pablo, que vuelve con un vaso de agua en la mano.) Me sirves tú mismo. ¡Qué amable! (Señalando á la mesa.) Pon eso ahí... Estás temblando, hijo mío... ¡Qué pálido te has puesto!... Tal vez el frío que entra por la ventana...

(Se va á levantar.)

PABLO ASTIER

No, gracias.

MARÍA ANTONIA (sentada).

¿De modo que no te interesa ese libro de Herscher? (Aplausos á lo lejos.) Pues tiene algunas páginas magníficas, como el capítulo de la tentación; el crimen apoderándose del hombre... Se comprende que debe de ser verdad. ¿No te parece? (Coge el vaso. Pablo vuelve la cara.

UNIVERSIDAD DE MONTREAL
BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO DAUDET"
Apto. 1025 MONTEREAL, MEXICO



P. Carretero

Acto IV. Cuadro II. Escena VI.

(Pág. 233.)

Ella va á beber, y se detiene.) Tú eres sin duda como Brétigny, que pretende que esas cosas no se ven más que en las últimas capas sociales, y que la sociedad, la verdadera, la nuestra, está libre de esas monstruosidades. Yo no soy de esa opinión. Hemos visto algunos crímenes terribles en la alta sociedad.

(Se lleva el vaso á los labios.)

PABLO *(con viveza)*.

¡María!

MARÍA ANTONIA

¿Qué, hijo?

(Lo mira, espera un momento, y vuelve á llevarse el vaso á los labios.)

PABLO ASTIER

¡No bebas!

(Quiere quitarle el vaso, y María Antonia lo rechaza suavemente.)

MARÍA ANTONIA

¿Por qué? ¡Tengo sed!

PABLO ASTIER

¡Tira eso... lo quiero... te lo ruego...
tíralo!

MARÍA ANTONIA (*que se ha levantado sin soltar el
vaso, que sigue puesto encima de la mesa*).

¿No tienes valor para llegar hasta el final? ¿No eres un hombre fuerte? Pues no estaba mal combinado. Todos los días sucede que una persona de edad muera repentinamente en medio de una fiesta. La misma audacia de tu crimen lo ocultaba... Y te detienes precisamente en el momento crítico. Por tan poca cosa te conmueves, tiembles, te trastornas. Debías de haberme mandado á Lortigue... ¡Ese no hubiese temblado!

PABLO (*en voz baja, tartamuteando*).

No comprendo... Temí que ese agua tan fría... te hiciese daño... y...

MARÍA ANTONIA

¡Miserable!... ¡No ves que te espío hace mucho tiempo!... Bien sabía yo que vendrías á parar á esto, y hasta creí que sería antes... ¡Ah! Has luchado; lo he visto. El miedo, un resto de decoro, esa pechera almidonada que en vosotros sustituye al honor... Hasta que no has podido resistir, porque eres un malvado, porque no tienes piedad, y además porque la tentación era demasiado fuerte y te ha acometido el vértigo... Di ahora que no existe ese vértigo del crimen... ¡Y lo llevabas ahora mismo pintado en la cara al pasar por delante de ese espejo. Antes de verte sacar del bolsillo ese frasquito, lo había yo adivinado. Conoci que hoy era el día...

PABLO ASTIER

¡Qué locura! Basta ya... Tira ese vaso, y vamos al jardín.

MARÍA ANTONIA (*separando el vaso que él quiere coger, y colocándose entre la mesa y su marido.*)

¡De veras!... ¡Y si quisiera llamar, y si yo abriese esas puertas de par en par, señor Subsecretario, y gritase: «Venid y veréis lo que es este hombre!»

(*Su voz se anima á medida que habla; con exaltación.*)

PABLO (*asustado*).

¡María!...

MARÍA ANTONIA (*bojando la voz*).

Lo he sacado de la miseria y del fango; lo he hecho lo que es; todo lo que tiene, lo tiene por mí... Le he sacrificado mi nombre, mi fortuna; he pagado todas sus deudas... ¡La restauración de este caballero me ha costado más que la

del castillo de Mousseaux!... Y ahora que ya no tengo nada, que me lo ha gastado todo, para agradecerme lo que he hecho por él, en pago de mi amor y de mis ternezas, mirad lo que me trae para que beba... ¡la muerte!... ¡la muerte, á mí, que le he dado más que mi vida!

PABLO (*furioso, cruzando los brazos*).

¡Pues bien! Haz lo que dices, llama. ¿Te figurás que tengo miedo? (*En voz baja y acercándose mucho á ella.*) ¿No comprendes, desgraciada, que si he venido á parar en esto eres tú quien tiene la culpa? ¿Por qué te empeñas en ser un obstáculo? ¿Por qué interponerte en mi camino? Tenía que saltar por encima de ti, ó aplastarte. ¡He salido mal, peor para mí! Llama, llama de una vez. ¿Qué te detiene?

MARÍA ANTONIA

Sí, sí: eres fuerte, eres valiente, porque estás seguro de que no he de decir nada. ¡No te has equivocado!... ¡Mira!

(Se acerca á la ventana y arroja el frasquito. Vuelve á aproximarse á su marido.) ¿Querías divorciarte? ¡Pues se al... ¿Querías acabar conmigo? ¡Ya lo has logrado!... Aquí no hay ya una esposa, ni una amante, ni nada más que una madre, una pobre madre de cabellos canos, dispuesta á todo género de mentiras, á todo género de vergüenzas para librarte á ti de la suprema vergüenza, para evitar que seas un asesino. ¡Y lo serías! ¡Si lo eres ya! Has vacilado la primera vez, pero á la segunda no titubearías, y te ahorcarían, porque esas cosas siempre se descubren. Ocurriría entonces lo mismo que en esa triste historia que está leyendo Herscher; conocerías los terrores que han conocido esos dos miserables, sus remordimientos, sus angustias, esa agonía de sangre. Y puede ser que en la turba inmunda que rodeara el lugar de tu suplicio, gritara una voz, como le gritaron al otro: «¡Bravo, Pablo Astier!» porque habrías tenido la cabeza alta hasta en el patíbulo. (Ocultándose el rostro entre las manos.) ¡Tú en el patíbulo!... ¡Jamás! ¡Jamás!

PABLO (cogiéndole la mano bruscamente, la da un beso en ella. En voz muy baja).

¡Perdón! ¡Perdón!

MARÍA ANTONIA (volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas).

¡Oh! Yo siempre perdono... La que no perdona es la vida... ¡Oh! Sé bueno, sé bueno, sé honrado; ¿no sabes, pobre hijo mío, que todo se paga?... ¡Todo!

